



COLECCIONE USTED

la original publicación semanal de
BIOGRAFIAS de ARTISTAS de la PANTALLA
LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA

Contiene numerosos datos y fotografías de los
más célebres artistas cinematográficos de ambos
sexos. — Regalo de una estupenda postal.

Lujosa portada a varios colores

VARIOS NÚMEROS PUBLICADOS

Precio de cada número: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETE, 184. 1935

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Núm. 187

50 cénts.



**MONSIEUR
BEUCAIRE**

por Rodolfo Valentino
Lois Wilson.

Número extraordinario

Filmsoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 187

Monsieur Beaucaire

Novela histórica, de gran espectáculo,
interpretada por el inimitable «star»

RODOLFO VALENTINO

al que secundan las bellas artistas LOIS
WILSON, (Reina de Francia) BEBÉ DA-
NIELS (princesa Enriqueta de Borbón) y
DORIS KENYON (marquesa de Pompa-
dour), entre otros.

—
Producción Paramount Especial

—
Distribuidores

SELECCINE S. A.

—
Con esta novela se regala la postal-fotografía de
NORMA SHEARER



Monsieur Beaucaire

Argumento de la película

Fué el invierno de 1746 el primero que la fastuosa corte de Luis XV de Francia pasó en Versailles. En esta fecha, que había de hacer época en la historia de la realeza francesa, estaba ya instalada en la corte de "Luis el Bien Amado", una mujer, superior por su inteligencia y sumamente hábil, que había llegado a adueñarse de la voluntad real hasta un extremo inconcebible.

Antonieta Poisson, más tarde Madame Le Normant d'Etoiles, llegó por su privanza a ser la marquesa de Pompadour, y a su iniciativa se debió la construcción del famoso teatro de Versailles, en cuya brillante sala da comienzo esta novela.

Luis XV, Rey de Francia y de Navarra, Madame d'Etoiles, marquesa de Pompadour por el favor del Rey de Francia y de Navarra, Luis Armando de Pleussis, duque de Richelieu, sobrino del gran cardenal, cómplice del

Rey en sus aventuras galantes, y toda la nobleza, esperaban, para dar principio al espectáculo, la llegada de la Reina, cuya insólita tardanza levantaba discretos murmullos.

Por causas involuntarias, María Leczinska, Reina de Francia, iba a llegar tarde a la fiesta, y, para disminuir lo más posible su retraso, se dirigió a la misma corriendo, hasta llegar a las puertas del teatro, donde transformó su aceleración en ceremonioso paso.

Acompañaba a la Reina la princesa Enriqueta de Borbón, prima del Rey, que acababa de llegar a la Corte, de vuelta de un colegio de Borgoña en el que se había educado.

El Rey ofreció su mano a la Reina, y con su característica galanura la acompañó al sitio de honor; haciendo lo propio con su prima la Princesa, que sentóse a la diestra de la Reina.

Madame de Pompadour saludó con una amable sonrisa y un exquisito movimiento de cabeza a la Reina, que correspondió a ellos con fingida sinceridad; y sentóse detrás de Luis XV, situado a izquierda de la Reina.

El duque de Richelieu se hallaba al lado de la Marquesa, y su punzante ironía ponía en su rostro una nota antipática.

La Pompadour pretendió captarse al momento la simpatía de la Princesa de Borbón, mas ésta, ante la mayor sorpresa, en que se mezclaba el temor, de la Reina, y el más intenso asombro del Rey, de la propia Marque-

sa y del Duque y la nobleza, negóse a tener tratos con ella.

—¡Qué atrevimiento! ¡Despreciar públicamente a la Marquesa! ¿A dónde vamos a parar con la juventud del día?—comentó un viejo Conde.

La Pompadour olvidó aparentemente la ofensa que acababa de recibir de la Princesa; el Rey simuló que el espectáculo absorbía su atención... pero en el ánimo de todos había la certidumbre de que "aquello no quedaría así".

En la escena, Pierrot, Arlequín y Colombina hacían de las suyas; la eterna comedia de la vida: amor, traición, engaño.

El Rey se aburría soberanamente. Los cómicos eran pésimos. La trama insulsa.

—¿Dónde está Chartres?—preguntó el soberano, después de indicar, sin ambages, al director del espectáculo, que los malos artistas se fueran con viento fresco.

Todos estaban pendientes de los descos del Monarca.

—¡Chartres es el único que me divierte! ¡Llamad al duque de Chartres!—ordenó.

Fueron a buscarle, y he aquí que, de súbito, el Duque apareció en escena con una deliciosa bailarina.

Los inquietos labios del soberano se distendieron para dar paso a la satisfacción, la Pompadour hizo un mohín delicadísimo, y una doncella, de alma y corazón puros, extasióse...

Luis Felipe de Orleans, duque de Chartres,

Príncipe de la Sangre y primo del Rey de Francia, era el prototipo del cortesano, dueño y señor de muchas voluntades por la gracia... de su gentileza.

El mimado de las damas punteó con su pareja una danza ideal, subyugando con su arte a ambos sexos, preescindiendo, algunos, en aquellos momentos de diversión, de odiar o envidiar...

Pero, entre todos, la que más entregada estaba a la ilusión que flotaba en el ambiente, era la Princesa colegiala, que también una princesita puede haber soñado durante los años de colegio... y ahora sus sueños se convertían en realidad...

Sus ojos, castos, miraron de un modo inefable al Duque, buscando su atención.

Pero en aquel instante, la murmuración, siempre dispuesta a fantasear, dijo, por boca de un vecino de la Princesa:

—Desde luego... Esta pequeña sorpresa para Su Majestad, ha sido preparada por el duque de Chartres y la marquesa de Pompadour. Los dos son firmes y leales aliados.

La Princesa recogió la noticia, y su sangre se agolpó en su cerebro al derrumbarse el espléndido castillo que construyera pensando en el amor del Duque, a quien cesó de mirar bruscamente, sin recatarle el enojo que la sátira acababa de producirle.

El Duque trató en vano de atraerse desde aquel momento la admiración de la Princesa,

y ofendido por aquel hecho incalificable de encontrar a una mujer que no se dignaba mirarle, puso toda su alma de conquistador en la romanza que ahora cantaba acompañándose a sí mismo, y llevó a la práctica el consejo de que para obligar a una mujer a fijarse en uno, el medio más eficaz es fijarse en cualquier otra.

La marquesa de Pompadour fué la favorecida, congratulándose ésta de la predilección, sin sospechar la doble intención del Duque.

Pero lejos de rendir a la Princesa con los celos, ésta sintió acrecer su indignación, y mostrábase violenta en su sitio; ante lo cual el Duque, bajando de la escena y acercándose hacia Sus Majestades y Su Alteza, dijo al Rey, al cesar la canción:

—Ya que mis modestos esfuerzos desagradan a Su Alteza la Princesa, con la venia de Vuestra Majestad, no seguiré cantando.

El incidente no era vulgar. La sorpresa se reflejaba en todos los semblantes, y el Rey perdía la paciencia.

La Pompadour permanecía impasible ante los desplantes de la Princesa; y en cambio la Reina pasaba un mal rato, compadeciéndose a sí misma y a la novicia de la Corte.

La Princesa, un tanto desarmada por la inesperada salida del duque de Chartres, y por no privar al Rey de la diversión, contestó:

—Señor, no permitáis que mis costumbres

de colegiala turben los placeres de la Corte. Con permiso de Vuestra Majestad, voy a retirarme.

El Duque se opuso galantemente al sacrificio de la Princesa.

—Señor, no consintáis que se prive la Princesa de gozar de su primer día en la Corte. Con permiso de Vuestra Majestad, soy yo quien va a retirarse.

El dilema era delicado. Indudablemente, el Rey, por caballerosidad, debía complacer a la Princesa, accediendo a la proposición del duque de Chartres; pero, si tal hacía, quedaba interrumpida la fiesta.

La Pompadour estuvo oportuna en el lance, y aconsejó al Rey, quien dijo a poco al duque de Chartres, como arreglo del incidente:

—La señora marquesa de Pompadour me propone que te conceda el honor de transformar las diversiones de nuestra Corte, para que sean propias de la princesa Enriqueta.

Esta clavó sus bellos ojos friamente en los de la Marquesa, y vió con despecho que la favorita le sonreía...

El Rey prosiguió, dirigiéndose esta vez a su prima:

—Y tú, mi querida Enriqueta, permíteme que te presente a tu primo, el duque de Chartres, con quien deseo que te cases.

El galán inclinóse exquisitamente reverencioso ante la Princesa, y besó una de sus manos, sin que la candorosa doncella pudiera

resistirle a sentir en su alma la vibración del amor soñado... al que un velo de desengaño había cubierto con dolor...

..

Una mañana, en el Palacio de Versailles, se reveló el abominable secreto de un Príncipe de la Sangre.

—¡Qué horror! ¡El Duque se afeita solo! —exclamó su primer servidor ante varios lacayos que contemplaban al alto noble en la delicada operación de rasurarse.

Ante el asombro de sus criados, el Duque, sonriente, comentó:

—¡Oh, yo debía haber sido barbero!

Y continuó tranquilamente suavizándose el rostro.

Después, gritó a su camarero:

—Jaime, hace mucho frío y quiero entrar en calor.

Y, democráticamente, se puso a boxear con el viejo doméstico, enardeciéndose en la lucha, absolutamente verídica.

A continuación, el Duque se decidió a vestirse.

En la antecámara, los criados esperaban la orden de penetrar en la habitación del Duque con sus galas.

Varios nobles aguardaban al Duque, y a uno de ellos, Vidame de Morbec, de condición mezquina, que, a fuerza de arrastrarse, había

conseguido introducirse en la Corte, díjole el mayordomo del Duque:

—Monsieur Vidame, vos sois el noble de más alto rango entre los presentes... Esto os proporciona el honor de entregar la camisa a Monseñor.

Apresuróse el noble a llevarle al Duque la suave prenda, y en su precipitación llegó al lado de éste al tiempo que el peluquero le empolvaba, y, soplando involuntariamente en la polvera, se llenó el rostro del oloroso producto, disimulando su torpeza con un halago al Príncipe de la Sangre.

—¡ Es un gran honor ser empolvado al mismo tiempo que Monseñor!

Pero el Duque puso en cuarentena la frase, mofándose íntimamente del autor.

El conde de Mirepoix, Embajador de Francia en la Corte del Rey Jorge de Inglaterra y gran amigo del duque de Chartres, salía aquella misma noche para Londres, y venía a despedirse de éste.

Vidame de Morbee renunció al honor de entregar la camisa al Duque, cediéndolo al Embajador, y dijo éste a su amigo:

—Hace mucho frío. Os ruego que os pongáis la camisa... Podrías atrapar una pulmonía de muerte.

El Duque lanzó una careajada. Su cuerpo estaba desnudo hasta la cintura... pero era fuerte y no le temía a la muerte.

Iba, al fin, a ponerse la camisa, cuando su

ayuda de cámara, quitándosela de las manos al Embajador, dijo, llevándosela:

—Perdonad... La camisa de Monseñor se ha enfriado ya.

En aquel momento entró el duque de Riche-



El conde de Mirepoix, Embajador de Francia en la Corte del Rey Jorge de Inglaterra...

lieu en el aposento de Chartres, que se extrañó de verle a aquella hora.

—¡ A qué debo el honor de veros por aquí

tan temprano, Armando?—preguntóle—. Yo creí que jamás os levantabais antes del mediodía.

—Vengo por mandato del Rey... En París no se habla más que de la forma escandalosa en que la Princesa ha humillado a la Pompadour—dijo el duque de Richelieu.

—Efectivamente, Armando—asintió el Príncipe de la Sangre—, la conducta de la Princesa no fué muy correcta... ¿A qué lo atribuis?

—Las mujeres son ángeles, pero algunas veces se creen con derecho a portarse como diablillos.

—¿Y bien...?

—Su Majestad quiere que la Princesa haga una visita de desagravio a la Pompadour, mas el Rey es... algo tímido y desea contar con vuestro apoyo moral y vuestra presencia.

Atropelladamente, el duque de Chartres aceptó la misión y dijo al duque de Richelieu, a quien le correspondía el honor que Vidame de Morbec hubiese celebrado que le perteneciese a él:

—¡Armando, mi camisa! Tengo que ir a ver al Rey antes de que se vuelva atrás... ¡A mi primita le hace falta una lección!

Y después de pasar de unas manos a otras, la camisa del duque de Chartres dió fin a su odisea en el cuerpo de su dueño.

Otro visitante inesperado llegó poco después

a presencia del duque de Chartres. Era Enrique, duque de Nemours, hermano suyo.

—¡Felipe! ¡Felipe! ¡Enriqueta va a deshonrar a la familia! ¡Es preciso que alguien le pare los pies!—le dijo, alarmado.

Y Chartres le enteró de los propósitos del Rey.

La Princesa se hallaba en los aposentos de la Reina, “la mujer más desgraciada de Francia” como la ha llamado un historiador, orando fervorosamente con toda su corte.

Después de la oración, la Reina y la Princesa se aislaron en un saloncito íntimo, y la segunda confió sus cuitas a la admirable soberana.

—¿Por qué se me ha traído aquí? ¡No puedo, ni quiero, casarme con el aliado de esa mujer!

La Reina contestó conciliadora:

—Chartres es un cortesano... ¿Qué otra cosa podría ser? Pero es joven, y su corazón no se ha maleado todavía.

—Sí, es un cortesano... Me han dicho que más de cien damas podrían dar fe de su exquisita cortesanía—dijo Enriqueta con pesar.

—Chartres es por naturaleza muy amable y cariñoso... Lo es hasta con la mujer más infortunada y olvidada del Reino... ¡La propia Reina de Francia!

Los ojos reales vertieron amargas lágrimas de humillación, contagiándose de ellas, ante la

cruel realidad, la Princesa buena que sentía amor...

Hubo un silencio, y luego, Enriqueta, implorante, dijo a Su Majestad:

—¡Señora, puesto que tenéis más poder que yo, os ruego que salvéis a Chartres!

La Reina miró con dulzura a la gentil enamorada, y abrazáronse sus corazones, que se comprendían.

El aviso de la llegada del Rey devolvió a las dos mujeres a la realidad, desaparecieron las huellas de sus lágrimas, y la hipócrita sonrisa rechazó al dolor.

Con el Rey llegaban los duques de Chartres, de Richelieu y de Nemours, y varios nobles.

Inclináronse todos ellos delante de la Reina, y después Luis XV, dirigiéndose severamente a la Princesa, le dijo:

—Enriqueta, he decidido poner coto a tu escandalosa conducta. He venido a darte una orden...

El duque de Chartres continuó por el Rey:

—Y obedeciendo la orden de Su Majestad, la Princesa va a acompañarme a las habitaciones de la marquesa de Pompadour.

La Reina contuvo su aflicción en sus ojos, y la Princesa, indignada, replicó a Chartres, que no sospechaba tal cosa:

—¡No estoy dispuesta a cumplir una orden del Rey que se me comunica por mediación del aliado de la marquesa de Pompadour!

Un buen psicólogo habría adivinado que detrás de la exclamación de rebeldía de la Princesa, se escudaban los celos...

El duque de Chartres miró al Rey, y éste dijo enérgicamente a Enriqueta:

—Es nuestra voluntad inquebrantable.

Inclinóse, ante el mandato, la Princesa, y el duque de Chartres ofreció su mano a la que había sido elegida para ser su esposa, para acompañarla a las habitaciones de la Pompadour, aceptando aquélla a la fuerza, despreciativa y soberbia.

Dentro del mismo palacio de Versailles tenía sus aposentos Madame de Pompadour. Rodeábase en ellas, con frecuencia, de una pequeña corte de aduladores, que no buscaban allí más que su medro personal.

Uno de ellos, aceptando proteger a un artista, presentólo a la Marquesa y, señalándole un objeto, le dijo:

—Marquesa, este joven ha pintado un abanico, y quiere ofrecéroslo... Se llama Fragonard.

Aceptó el obsequio la poderosa mujer, y, acariciándolo, enseñólo a Voltaire, que estaba a su lado, cambiando con él algunas palabras, enorgulleciéndose el autor de la fineza, de la consideración que le dispensaban al fruto de su talento, la Marquesa y el sabio maestro.

El duque de Chartres atravesaba el palacio acompañando a Enriqueta, e intentó hablar

a ésta, dispuesto a vencer su indiferencia; pero la Princesa le atajó altiva:

—¡ Os ruego que no me dirijáis la palabra!
¡ Os aborrezco!

No se arredró el Duque.

—Mi encantadora prima, os suplico que seáis razonable. Lo que puede ser admirable en una aldeana, es ridículo en una Princesa de sangre real.

Enriqueta se mantuvo firme en su cerrado criterio de no escuchar a Chartres.

—¿ No comprendéis que no hago más que procurar salvar a mi futura esposa del ridículo en que puede caer a los ojos de la Corte?—prosiguió el Duque.

Fué por demás. La Princesa se negó a reconocer la buena intención del Duque, contándole irreplicablemente:

—¡ Jamás os dirigiré la palabra mientras viva!

Sonriente, Chartres repuso:

—Mi señora la Princesa sería una esposa admirable.

Sulfuróse aun más la ex colegiala, y apresuró el paso, a fin de cumplir cuanto antes la orden del Rey, y separarse con la menor tardanza del Duque que tan a la risueña tomaba el enfado de ella.

El Rey y el duque de Richelieu se habían adelantado a Chartres y a la Princesa, hallándose ya en las habitaciones de la Pompadour, en las que ésta había reunido a toda la Corte

para que contemplara su triunfo humillando a Enriqueta.

El duque de Richelieu se fijó en el especial interés que tenía una dama en enseñar al Rey sus torneadas piernas, pretextando una exquisita reverencia, y Luis XV prestaba sumo interés a la exhibición; pero la Pompadour no era ciega y, muy oportuna, ocasionando gran disgusto a la que aspiraba a ser su rival, y turbando al Rey y al duque de Richelieu, dijo:

—Señora, si creéis haber visto un ratón, os habéis equivocado... Hay demasiados gatos por aquí para que puedan vivir los ratones.

La Princesa y el duque de Chartres fueron anunciados en aquel momento, y hubo expectación por ver lo que haría la impulsiva doncella.

La Pompadour esperóla sonriente, amable, condescendiente, y a su lado estaba el Rey.

Chartres y Enriqueta inclináronse ante la favorita, y dijo aquélla:

—Señora, por orden del Rey, sigo el ejemplo de toda Francia.

Fué, la de Enriqueta, una sumisión fría, pero no por ello dejó de satisfacer a la Marquesa, puesto que quedaba—ante todos—en el terreno que le correspondía por la protección del Rey... como Reina extraoficial...

Pocas palabras cambió la Princesa con la Pompadour, y fueron llegando nobles a la reunión, separándose aquélla tan pronto pudo de la favorita, a la par que Chartres dedicaba

frases de su repertorio galante, con la intención de mortificar a su futura esposa, a varias damas cuyos esposos eran miopes o hacían la vista gorda...

Uno de tales maridos, Barón entrado en años, saludó a la Princesa y, como ella desconocía las riquezas de palacio, se ofreció a enseñarle los tapices y pinturas del salón de la Pompadour; pero Enriqueta estaba más atenta a lo que hacía Chartres que a lo que le iba diciendo el atento aristócrata, con cuya esposa platicaba aquél, brillando en los ojos de la casada una admiración sin límites hacia el Príncipe de la Sangre...

El pintor Fragonard esperaba tímidamente que la Pompadour le hiciera el alto honor de exponer a la consideración del Rey su abanico pintado; y a tal efecto la favorita pidiólo a uno de sus pajes indios, que tuvo la desgracia de dar un traspie y caerse, rompiendo la joya del bohemio.

El paje temblaba previendo el castigo que merecía por su torpeza, y Fragonard, pálido y descorazonado, pensó que su ilusión acababa de morir en tierra, pues el abanico no llegaría a manos de Su Majestad; pero Chartres, que presenció el accidente, apiadóse del paje, aproximóse a él, acaricióle y le libró de ir a implorar de la Pompadour su perdón, encargándose él mismo de arreglar aquel asunto.

Compadecido también del pintor, Chartres sacóse de un bolsillo su cajita de rapé, incrus-

tada en oro y piedras preciosas, de inestimable valor, y se la ofreció en compensación a la desgracia, asombrando al artista, que quiso besar una y mil veces las manos del magnánimo Duque.

Y el abanico fué entregado a la Pompadour, atribuyéndose Chartres, noblemente, la ruptura del mismo, haciéndolo de tal modo que la favorita no pudo menos de sonreír y decirle:

—¿Habéis roto mi abanico?... ¡Oh, estos objetos tan femeninos son demasiado frágiles para las manos de Monseñor!

Había en la frase gratitud por el gesto de Chartres de ser el portador del abanico, que tampoco era insensible la Pompadour a las galanterías del primo del Rey.

Los nobles que se apercibieron de la escena desde su origen, comentaron complacidos la generosa intervención de Chartres... y la Princesa enamorada y resentida porque su amor no era tan exclusivo suyo como ella lo imaginara... le dirigió sus dulces miradas, satisfecha de haber descubierto en aquella acción un corazón muy humano.

Chartres sorprendió las cálidas miradas de Enriqueta, que se alejó meditabunda hacia el jardín, desconcertada consigo misma, pues reconocía que estaba lejos de sentir hacia Chartres el aborrecimiento de que le hablara un poco antes.

El Príncipe de la Sangre hablaba con la misma dama de antes, pero al ver a Enrique-

ta salir al jardín, y animado por las miradas de ella, en las que adivinó una sonrisa, decidióse a seguirla, ofendiéndose la casada coqueta...

Enriqueta se sentó en albo banco de mármol, teniendo por dosel un tupido y glauco tapiz por el que asomaba una poética estatua.

Meditaba. Pensaba en Chartres. Le amaba... pero no tal como era... sino como ella lo soñara...: dispuesto a adorarla siempre... a no hacer caso de las demás mujeres, cual si en el mundo no existiese, para él, más que ella...

Chartres se acercó sobre la punta de los pies y contempló a Enriqueta unos instantes, lanzándose luego al "asalto de la resistente plaza".

—Princesa de mi corazón...—pronunció después de haber estudiado una romántica postura...

Enriqueta volvió el rostro hacia Chartres, sorprendida de oír su voz, y tras rápido examen de la situación, contestó, incrédula:

—Esa frase y esa actitud, son demasiado perfectas para ser naturales.

La réplica hizo vacilar un poco al galán; pero Chartres era hombre de recursos, y supo repeler el obstáculo:

—¿Cómo habían de ser naturales, si salen de un corazón que está latiendo de un modo que nada tiene de natural?

Enriqueta se consideró vencida, y dió rienda suelta al interés que sentía Chartres.

—¡Oh, Felipe, sálvate! ¡Por favor, no sigas siendo el instrumento de esa horrible mujer!

Se refería a la peligrosa Pompadour, a la que ella no podía sufrir por lo mucho que había llorar a la Reina de Francia.

Y Enriqueta hizo aquella súplica abrazada a Chartres, poniendo en su vehemencia la confianza de un amor sincero que cree en su poder...

Chartres miró encantado a la Princesa, y risueño, le dijo:

—¡Mi enhorabuena!... Observo, prima mía, que has aprendido muy pronto las costumbres de la Corte. ¿De modo, que me has dado esta cita con el único objeto de conspirar contra la favorita?

—¿Una cita?...—repitió asombrada la Princesa.

Chartres asintió:

—¿Dices que yo... te he dado... una cita?

—Enriqueta, es inútil disimular... Ni la propia marquesa de Pompadour sería capaz de expresar su amor con el lenguaje de los ojos como tú lo has hecho.

Enriqueta, indignada, hízose atrás, rehuendo el contacto de su primo, que jugaba con el corazón de las mujeres, y dijo:

—La mirada que tú has creído una invitación, ha sido una mirada de piedad.

Rióse Chartres, envaneído de sus triunfos en materia de mujeres, y Enriqueta, con el

alma herida, irguióse ante él dignamente, y refutó:

—Ya que hablas de ello... ¿sabes, Felipe, cómo apareces ante mis ojos?... ¡Como el juguete de la favorita del Rey! ¡Como el cortesano que ha abusado tanto del arte de hacer el amor, que ya no sabe lo que es amor!

—¡Enriqueta!

—¡Esa es mi opinión! ¡Preferiría el honrado amor de un lacayo, si fuese un verdadero hombre, al tuyo!... Porque tú no eres un hombre... ¡Eres un muñeco!

Quiso Chartres tener una explicación con Enriqueta, no tolerándosela ella:

—Es inútil que continuemos hablando. Yo he dicho ya cuanto deseaba decir.

Sin embargo, Chartres insistía en la continuación de la entrevista; pero en aquel momento, el Rey y la Pompadour, seguidos de la Corte, salían al jardín, y notificó el soberano a Enriqueta, llamándola al verla con su primo:

—Prima mía, hoy cenamos en el Trianón... Este es otro de los entretenimientos de la Corte que debes conocer.

La Princesa agradeció la invitación real, y se alejó de Chartres con Su Majestad y su séquito, despreciando a aquél con el gesto...

**

A la hora de la cena, el Rey levantó su copa e inició un brindis:

—Por la próxima boda de nuestro querido primo de Chartres y...

Pero fué interrumpido por el interesado, que, bruscamente, exclamó:

—¡Señor, esa boda no se celebrará nunca!

La Reina no osaba moverse en su sitio.

Enriqueta turbóse, mas supo aparecer indiferente.

La Corte esperaba expectante el final de aquella inesperada salida de Chartres.

El Rey preguntó, sorprendido, a su primo, la causa de su rebeldía, y dijo éste:

—Señor, no puedo permitir que Vuestra Majestad obligue a la Princesa a casarse con un hombre al que ella considera inferior a un lacayo. Por consiguiente, señor, yo reclamo para mí los derechos de un lacayo... y así podré casarme con quien me plazca.

La Pompadour miró sonriente a Chartres, y éste, entregado a su deseo de demostrar a Enriqueta que él no era un juguete, sino un hombre, dijo a la favorita, que estaba lejos de sospechar tal chasco y refiriéndose al Rey:

—Perdonad, Marquesa... El hombre a quien podéis manejar con una sonrisa está sentado a vuestra derecha.

Vibró la indignación del Rey:

—¡Silencio! ¡Te casarás con quien yo quiera y honrarás a los que a mí me honran!

Pero Chartres era tereco, y lo demostró:

—¡Señor, me es imposible obedecer en eso a Vuestra Majestad!

La Corte entera llenóse de asombro. ¡Qué osadía!

—¡Arrestadlo!—gritó el Rey.

Enriqueta intervino, conciliadora:

—No hagáis tal, señor... ¡Os lo suplico!... ¡No quiero casarme con él!

Pero Chartres luchaba ya con los lacayos que querían sujetarlo, y buscando una salida dijo al punto de huir:

—¡Pobres diablos! ¡No quiero haceros daño; pero no sujetaréis a un Príncipe de la Sangre!

El filo de su espada tenía a raya a los servidores del Rey, ante la callada admiración de la Corte... principalmente de Enriqueta de Borbón y de la Reina...

Chartres dirigió un saludo general, y exclamó:

—¡No os molestéis en buscar al duque de Chartres!

Saltó al jardín por una ventana, dejando atónitos a todos, y colérico al Rey ante aquel caso insólito de rebeldía; y Enriqueta, gozosa ante la hazaña que por su causa había realizado Chartres, sonrió... para desconcierto del monarca, que sorprendió su alegría...

* * *

Ir a Inglaterra era ir a Bath. "Beau" Nash, famoso jefe de ceremonias de la Corte inglesa, se enorgullecía de haber convertido a Bath y a sus baños termales en el centro de moda.

Jorge, duque de Winterset, y el capitán Badger, el testafarro que guardaba siempre las espaldas de aquél, y que era el primer espadachín de Inglaterra, se hallaban en el salón de fiestas del Balneario en plática con algunos nobles.

—Pienso hacer una visita al Embajador francés, para averiguar la verdad acerca de lo ocurrido al duque de Chartres—decía el duque de Winterset.

—La verdad es que el Duque ha muerto. Dicen que el Rey le apuñaló en un arrebato de cólera—respondió uno del grupo.

En otro corro se hallaba Felipe Stanhope, conde de Chesterfield, que tenía fama de ser el hombre más gracioso de Inglaterra.

El duque de Winterset separóse de sus amigos y fué al encuentro del Conde.

—Felipe, si de lo que se trata es de jugar, iremos juntos al salón de juego... Me parece que estás entre fulleros—le dijo, pretendiendo llevarse el consigo.

—Perdón, Jorge... A pesar de todo, prefiero el oro de los fulleros a los pagarés de los nobles—respondió el Conde llanamente.

Y se alejó con todos menos con el Duque...

En la calle, la duquesa de Marlborough, viuda del general más famoso de Inglaterra, descontentaba con su avaricia a los lacayos que la condujeron en litera, y uno de ellos, prescindiendo de consideraciones, le habló claro:

—Su Excelencia es la mujer más miserable de Inglaterra.

La obesa generala encolerizóse ante la osadía de los patanes, y habríase desarrollado una escena escandalosa en público, de no haber llegado en aquel momento el duque de



—*Su Excelencia es la mujer más miserable de Inglaterra.*

Winterset en su ayuda, acompañándola al interior del Balneario.

En la Embajada de Francia, el duque de Chartres se transformaba en barbero, el oficio para el que, según sus propias palabras en broma, él había nacido.

El Embajador se resistía a creer lo que sus ojos estaban viendo, y negábase a que el Duque le afeitase.

—Pero, papá Mirepoix, ¿no comprendes



En la Embajada de Francia, el duque de Chartres se transformaba en barbero.

que si las gentes no ven nunca a tu barbero afeitándote, van a sospechar?

Resignóse el diplomático amigo a proteger

el incógnito del Duque, y, entregándose en sus manos, le dijo:

—Monseñor, ya que arriesgo mi pescuezo por salvaros, por lo menos tened piedad de mi rostro.



—Pero, papá Mirepoix, ¿no comprendes que si las gentes no ven nunca a tu barbero afeitándote, van a sospechar?

—No tengas miedo... Soy un buen barbero...

Y Chartres cumplió como bueno, pasmándose el Embajador de seguir vivo a pesar de que ya llevaba un buen rato el Duque cosquilleándole el rostro con la navaja...

El barbero sonreía, y no pudo menos de expresar su alegría:



Y Chartres cumplió como bueno...

—Nunca me he sentido tan feliz como ahora... Nadie me conoce, y ni una sola mujer espera que yo le haga el amor. Si pudiese me-

dir mi espada con alguien, sería el más feliz de los mortales. ¡Se necesita tener valor para traerme a Bath, en donde está prohibido llevar espada! ¡Qué ocurrencia la tuya, Mirepoix!

—Monseñor, lo hice con noble fin... Vuestra vida es preciosa... y no debéis jugar con ella...

Un criado anunció a un visitante:

—El caballero Vidame de Morbec.

—¡Cáspita! ¡Se habrá enterado?...—dijo el Embajador, incorporándose, ya listo Chartres de afeitarse.

Pero el Príncipe de la Sangre volvió a sentarle en el sillón, diciéndole apresuradamente, enjabonándole el rostro otra vez:

—Ten en cuenta, Conde, que nuestras cabezas dependen de que él me vea afeitarte... ¿Si no, cómo voy a aparecer ante sus ojos como tu barbero?

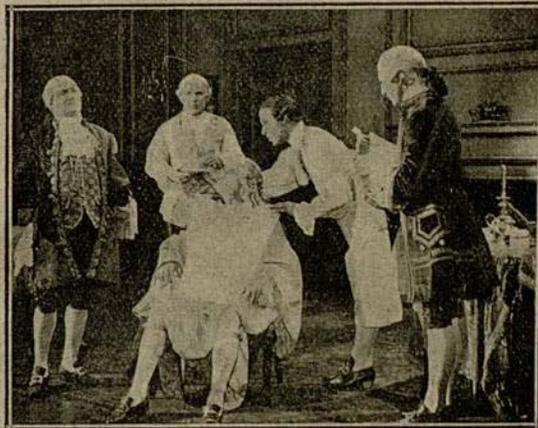
Acató de nuevo el Embajador el deseo del Duque, a la par que era introducido a su presencia el mezquino noble.

—He venido a desempeñar una misión importantísima... El duque de Chartres no está en Francia... ¡Está en Inglaterra!—dijo aquél, ufano.

Involuntariamente, el "barbero" apoyó un poco más la navaja en la piel del Embajador, y éste, por el corte que sintió y la importancia de la noticia, movióse intranquilo en el sillón.

Vidame de Morbec advirtió la alteración del Conde, pero antes de que pudiera sospechar algo, el duque de Chartres, contrahaciendo su voz, la explicó de este modo:

—El señor Conde está muy nervioso... Anoche se retiró demasiado tarde.



—*He venido a desempeñar una misión importantísima... El duque de Chartres no está en Francia...*

El enviado de Francia prosiguió:

—La cólera de la marquesa de Pompadour crece por momentos... Quiere que Su Majestad haga ir al Duque a su presencia, para obligarle a pedir perdón de hinojos.

Chartres, contrastando con el temblor del Embajador, se reía para sus adentros.

—Naturalmente—añadió Vidame de Morbec—, la Marquesa me ha escogido, como hombre discreto y hábil, para esta importante misión, después de haber hecho firmar al Rey esta orden. Leedla.

Mirepoix se apoderó del real decreto, esforzándose en aparentar serenidad; y leyólo. Decía así:

El Duque está en Inglaterra. Empezaréis en seguida el viaje a Londres y cooperaréis con mi policía a su captura. La libertad de ese hombre es un insulto a la dignidad de la Corona.

Luis.

Chartres no pudo ocultar una sonrisa, y a fin de que Morbec no la viera, aprovechó la circunstancia de empolvar al Embajador, para llenarle los ojos y las narices de polvos, como por pura casualidad.

Morbec estuvo a punto de enojarse, pero creyó de buen tono acogerse a los halagos, para captarse la simpatía del Embajador:

—¡Ser empolvado con el señor Conde, es un gran honor para mí!

Repetíase aquella escena de palacio...

El duque de Winterset y su testafarro llegaron en aquel momento a la Embajada, presentándose en los aposentos del Conde, para inquirir aquél noticias del duque de Chartres.

Vidame de Morbec, revistiéndose de la propepeya a que le daba derecho la misión que tenía que cumplir por orden de la favorita del Rey de Francia, dijo al Embajador:

—El señor Conde pedirá a sus invitados que le excusen, pues soy portador de un mensaje del Rey de Francia.

Mal que le pesara, el duque de Winterset hubo de obedecer, midiendo al desatento emisario, no agravando así con su presencia y sus preguntas la apurada situación en que se encontraba el Embajador...

Y al marcharse aquél con su testafarro, Vidame de Morbec despidióse del Embajador, haciéndole esta advertencia:

—Por voluntad expresa del Rey, este asunto debe tratarse con absoluta reserva.

Chartres desahogó su risa en sonoras carcajadas cuando quedó solo con el Embajador, burlándose de Vidame de Morbec, que le había tenido delante y no le había reconocido.

—¡Ahora se irá a Londres, en mi busca! ¡Qué necio! ¡Esta es mi ocasión!

—¿Qué queréis decir, Monseñor?

—En Londres está permitido llevar espada... ¡Allí podré ejercitarla a mi gusto!

—¡Alteza, os ruego que permanezcáis en Bath! No me comprometáis. Ved que lo que pasa no es cosa de risa.

—Papá Mirepoix, recuerda que no tengo más que veintitrés años y no he medido aún mi espada con nadie.

El Duque se asomó casualmente a la ventana de la habitación en que se hallaba con el Embajador, y vió en la calle, con grata sorpresa, apearse de una carroza una linda mujer, Lady María Carlisle, la bella de Bath; y volviéndose al Conde, cedió a sus súplicas:

—Papá Mirepoix, si te empeñas, me quedaré en Bath para que tu corazón no sufra.

Un día, paseándose Chartres por los jardines de Bath, trabó amistad con Juan Molyneaux, un caballero inglés, gran amigo del conde de Chesterfield.

—Perdonad, señor... Dos pícaros os persiguen—le había dicho el desconocido.

Chartres tomó sus precauciones para atacar sin que los que le perseguían se dieran cuenta de su intención, y cuando los hubo sorprendido detrás de una barrera de vegetación, vió que no eran enemigos, sino súbditos suyos. Y dijo al caballero:

—Gracias por vuestro aviso... pero son los criados de mi viejo papá, que se ha ido a Londres y que no se fía de mí... Me vigilan por orden suya.

La bella de Bath apareció en lo alto de una escalera del parque, rodeada de admiradores, extasiándose Chartres en su contemplación:

—¿Conocéis a esa dama?—preguntó al caballero.

—Es Lady María Carlisle, la bella de Bath.

—Presentádmela, caballero—ordenó inmediatamente el Duque, olvidándose de que era *barbero*.

—Caballerito, mandáis como un Príncipe.

—Perdón—disculpóse el atolondrado Figaro—. Es mi desconocimiento del idioma inglés el que me hace aparecer tan brusco... ¿Queréis hacer el favor de presentarme a esa dama?

—Vuestra petición es un imposible... Para que Lady María Carlisle se digne fijar su atención en un caballero es preciso que éste posea un título nobiliario. Una rosa granate es el símbolo de su favor... Ya lo veis, es para un Duque.

Chartres fijó su atención en lo que hacía la bella, y vió cómo ésta entregaba una rosa color de sangre al noble Winterset, el galán entre todos los galanes, favorecido con su distinción.

Pero esa rosa se desprendió de las manos de la fascinadora mujer, cayó al suelo, y Chartres, rápido y ambicioso, recogióla, devolviéndosela de hinojos a su dueña, mirándola con pasión.

El caballero Molyneaux no volvía de su asombro, y el Duque, preferido de la bella, sintió enojo ante la galantería del osado.

—¡Fuera de aquí, mozalbeta impertinente!

Miróle Chartres con hostilidad, y la bella, guardándose la flor que los labios del desconocido frolaron, se opuso a que los dos hom-

bres dieran importancia al incidente, prosiguiendo su camino y acompañándola Chartres con los ojos, embelesado...

Reunióse Molyneaux con él, y Chartres le dijo:

—Caballero, retiro mi petición... Voy a proporcionar al señor Duque el placer de presentármela.

*
**

El duque de Winterset era un asiduo concurrente a los salones del balneario de Bath y un jugador empedernido.

Fácil le fué, pues, a Chartres, transformado en Monsieur Beaucaire, barbero del Embajador de Francia, encontrarle allí, y se dispuso a invitarle a jugar con él, complaciéndole el haberse enterado de que acostumbraba hacer trampas...

—¿Queréis ganarme, señor Duque?—preguntóle.

—Yo no acostumbro jugar con personas desconocidas—replicó desdeñoso, recordando el incidente de aquella mañana.

—Yo tampoco, como no vea el oro sobre la mesa.

Chartres mostró dos bolsas, y Winterset lo olvidó todo ante el botín en puerta.

La suerte favorecía a Chartres, y he aquí que el testaferrero del Duque que perdía, acercándose al maestro de ceremonias, "Beau" Nath, le dijo:

—¿No lo sabíais, "Beau"? Ese es el barbero del Embajador francés.

Asombróse el exigente maestro ante aquella noticia, y fué a desenmascarar al osado, precisamente cuando la bella de Bath hacía su aparición en los salones.

—¡Monsieur Beaucaire!—llamóle.

Chartres se levantó, ni sorprendido ni lamentando haber sido descubierto, y esperaba a ser arrojado de allí. Todo salía conforme a su plan...

—¿Cómo se atreve usted a presentarse ante personas de noble condición?—le censuró "Beau" Nath delante de todos.

El duque de Winterset se había quejado al maestro de ceremonias de que se interrumpiese el juego cuando él estaba perdiendo, y Chartres devolvió el dinero que ganaba.

—¿Nació usted por ventura caballero?—continuó "Beau" Nath.

—No, señor. Nací niño—contestó Chartres risueño.

La bella de Bath escuchaba atentamente.

—¡Es un infeliz barbero!—dijo "Beau".

Aquella quitóse del pecho una rosa, la que Chartres le ofreciera en los jardines recogiendo del suelo, y tiróla a sus pies, destrozándola bajo sus plantas, produciendo ese impulso de soberbia de la bella, profunda pena en el corazón del *barbero*.

—¡Si te atreves a presentarte aquí otra vez, mandaré a tus compañeros los lacayos,

que te azoten!—amenazó enérgicamente "Beau".

—¿Me prohíben venir aquí?... Perfectamente... Los caballeros que deseen pasar a mis habitaciones serán bien recibidos, y estoy dispuesto a jugar con ellos... a los dados,



—¿Cómo se atreve usted a presentarse ante personas de noble condición?...

o con la baraja...—dijo él—una libra esterlina, o mil libras...—y dirigiéndose al Duque—: o simplemente una rosa granate, caballero.

Y al misterioso barbero no le faltaron visitantes desde aquel día, pues sabía perder animosamente.

Molyneaux le visitó también, pero con distinto motivo que aquéllos.

—Monsieur Beaucaire, hace una semana que os estoy observando y he notado que sois un barbero sumamente extraño.

—Si lo dudáis estoy dispuesto a afeitaros.



—Si lo dudáis estoy dispuesto a afeitaros.

—Hace dos años estuve yo en la Corte de Versailles... Vous sois...

—¡Callad!... Confío en vuestra discreción... Es indispensable que oculte mi personalidad a todo trance... Si no lo hiciera, Mirepoix se expondría a perder la cabeza.

—El duque de Winterset viene hacia aquí.

No juguéis con él, Monseñor... ¡Os lo suplico! Es muy peligroso, y la espada de Badger, su testafarro, es la más diestra de Inglaterra: sus golpes al corazón no fallan nunca.

—¡No importa! Me ha costado mucho dinero aprender a esgrimir, y nunca he tenido el placer de pelear con nadie.

—¡Debéis evitarlo!

—Nací Príncipe, y ahora que no soy más que un simple barbero, me he propuesto ganar para la mujer a quien adoro una rosa encarnada.

El duque de Winterset no se hizo esperar, y Molyneaux le dejó a solas con Chartres, del que recibió una orden, que iba a cumplir.

Quedó un momento solo el Duque, y durante el mismo, se apoderó de algunas cartas del juego...

Muy amable, Chartres, de regreso, ofreció de beber al Duque, sin resultado positivo, y luego habló de las fiestas de la nobleza, para halagar al visitante, cual si le interesara su amistad.

—¿Su Excelencia piensa asistir al baile de la duquesa de Marlborough?

Pero el Duque le atajó:

—He venido a su garito a jugar y no a hablar de las damas inglesas.

Empezó la partida. Chartres esperó el momento de descubrir las trampas del Duque, y lo logró espiando a éste colocando una botella de licor encima de la mesa de manera

que se reflejase en el cristal cuanto hacía.

Furioso, el Duque intentó agredir al barbero, pero se contuvo, pensando no haber tenido testigos su falsedad, y contentóse con decirle:

—¡Id y decid, si queréis, a todo el mundo,



...Chartres, de regreso, ofreció de beber al Duque...

que me habéis sorprendido haciendo trampas en el juego!... ¿Quién va a creer a un barbero más que a un Duque?

Chartres hizo una señal, y aparecieron ante el tramposo, el caballero Molyneaux y varios servidores.

Palideció el Duque, y Chartres, tranquilamente, presentó al que conocía su verdadera condición:

—El señor Molyneux es íntimo amigo de Lord Chesterfield, el cual siente gran repugnancia por los nobles tramposos. Lord Ches-



Furioso, el Duque intentó agredir al barbero...

terfield puede hacer un chiste que haga reír a toda Inglaterra.

—¡Maldito!—masculló el Duque.

—Id a ver a milord y contadle que el Duque quería afeitarse al barbero—prosiguió Chartres, dirigiéndose a Molyneux.

Ante tal amenaza de escándalo, el Duque depuso su actitud amenazadora, y Chartres se decidió a sacar de aquella situación el partido que deseaba.

—Señor, esta noche me llevaréis al baile y me presentaréis a Lady María Carlisle.

—No puede ser, joven. No podría hacerlo aunque quisiera... Lady María os conocería... Todo el mundo os conoce ya en Bath—contestó el Duque.

—Por complacer al señor Duque, dejaré de ser barbero... Desde hoy voy a ser Duque yo también.

—¿Eh?

—Seré... el duque de Chateaurien, o de Castelnada... Lo que más os plazca.

Trató Winterset de oponerse, pero, al fin, hubo de transigir, marchándose echando chispas.

—¿Qué vais a hacer, Alteza?—preguntóle a Chartres Molyneux, cuando quedaron solos—. ¿Iréis al baile?..

—¿Por qué no?... Esta noche haré mi entrada en los salones de Bath, en busca de una rosa encarnada.

♦♦

Ya en la fiesta, en la que el tema principal era la presentación del duque de Chateaurien, enorgulleciéndose la duquesa de Marlborough de ser la primera en recibir en sus fiestas al importante noble, el duque de

Winterset fraguó un plan maquiavélico para desembarazarse de su rival y enemigo. El capitán Badger, su testafarro, se encargaría de consumir su idea. Mandóle llamar.

Entretanto, Molyneaux, que acompañaba a Chartres, decía a éste:

—No comparto vuestra opinión de que saldréis victorioso de esta aventura... y cuando seáis reconocido como Monsieur Beaucaire, veréis que el corazón de Lady Mary es una piedra que sólo aspira a estar engarzada en una corona nobiliaria.

—Pues yo os digo, amigo mío, que en esa piedra sabré yo hacer brotar una rosa... ¡Va en ello apostada mi vida!

Winterset se acercó al barbero, mostrándose muy atento con él.

—Venid conmigo, y os presentaré a las damas.

E hizo la presentación, en general.

—La ciudad de Bath se honra con la presencia de mi amigo, el señor duque de Chartreaurien.

Y luego dió esta orden al testafarro:

—Capitán, desafíadle antes de que llegue Lady Mary.

Las damas rodeaban al noble francés, inquiriendo noticias de la Corte de Francia.

—Suplico a las damas que, aunque soy francés y he llegado ha poco de París, no me hagan preguntas acerca del duque de Chartres... El maldito no me ha dado nunca más

que disgustos—díjoles él mismo con gana de bromear, alarmando a Molyneaux, que se extrañaba de que, aun bajo las vistosas galas que lucía, no fuera reconocido el “barbero”.

Winterset interrumpió a Chartres.

—Duque, tengo un amigo que ha demostrado grandes deseos de conoceros.

Chartres dirigió su vista hacia el “amigo”, reconoció al testafarro de Winterset, y alegróse de que hubiese lance en puerta.

—Perdón...—dijo a las damas—. Pero creo que se trata de un amigo de mi amigo a quien hace mucho tiempo deseaba conocer.

Winterset presentó al Duque y al Capitán.

—Mi único deseo era preguntaros si todas las mujeres de Francia son como la Princesa, con quien ni el duque de Chartres quiso casarse—dijo al barbero el cómplice de Winterset, para ofenderle indirectamente como francés.

Chartres crispó los puños, dispuesto a castigar al osado, y respondió, deseando más que nunca la lucha:

—No me importa que digáis lo que os plazca del duque de Chartres, pero el nombre de la mujer más pura que ha existido en la Corte de Francia, no deben pronunciarlo vuestros infames labios.

El reto estaba lanzado y recogido. Lo importante era que ni “Beau” Nath ni las damas se enterasen. El duelo se verificaría en la sala de juego, donde había una panoplia

con espadas arrebatadas a los franceses por el general Marlborough.

Molyneaux temía por la vida del duque de Chartres.

—¡Este desafío es una locura! ¡Os matará, y habrá guerra entre Francia e Inglaterra! —exclamó.

—¿Os olvidáis de que la favorita me odia?

—Pero, Monseñor...

—¡Ni el mismo diablo en persona sería capaz de impedir mi primer desafío!

Luego, Chartres dirigióse a las damas, y se disculpó de separarse por unos momentos de ellas:

—Perdón, señoras... El capitán Badger y yo vamos al salón de juego a echar una partida... Nada más que una... Regresamos en seguida.

Molyneaux estaba pálido.

—Amigo mío, acabo de descubrir que naéi para luchar. Venid, vos seréis juez de campo—le dijo Chartres risueño.

Desaparecieron.

El duque de Winterset descontentaba el triunfo de su testafarro.

En el salón de juego, los duelistas cruzaban sus aceros.

Para evitar en lo posible que se advirtiese demasiado la atención que algunos nobles, enterados del lance, prestaban a la imaginación de la lucha que se efectuaba en el salón de juego, ordenóse a los músicos que princi-

piasen a tocar. Pero "Beau" Nath protestó de ello.

—¡Alto! ¡La bella de Bath no ha llegado todavía!—gritó.

Cesó la música. A poco, Molyneaux salía del salón de juego, dando muestras de pesadumbre. Aproximóse a Winterset.

—Temo haber sido injusto... No he debido permitir que continuaran luchando... Se ha divertido jugando con él... Se ha burlado de él cuanto ha querido y, al fin, le ha atravesado el hombro con su espada.

Winterset sonreía, satisfecho... pero su alegría trocóse en la más indecible sorpresa al ver salir del salón, ileso, a Chartres, que le dijo con la mayor naturalidad:

—Yo creí que vuestro amigo manejaba la espada con mucha más destreza.

La bella de Bath llegaba en aquel momento, y Chartres obligó al tramposo, que estaba en sus manos, a presentarle a ella.

Winterset no pudo negarse a la pretensión del "barbero", que era peligroso, y Lady Mary, sin reconocerle tampoco, fué presentada al duque de Chateaurien.

Empezó el baile. Winterset deseaba alejar a Chartres; pero éste, deseando lo propio respecto a aquél, le comprometió delante de Lady Mary.

—Mi amigo Winterset me ha rogado que ocupe su lugar... Su pobre amigo, el capitán

Badger, está enfermo y le ha mandado llamar.

Y así, desembarazándose de Winterset, Chartres pudo estrechar en sus brazos a la bella...

Aquella misma noche, en la Corte de Francia, la Princesa presentaba nuevamente sus respetos delante de la Corte a la marquesa de Pompadour, por orden del Rey; y le dirigía una súplica, confiando en su gran poder:

—Marquesa, vengo a rogaros que influyáis para que el Duque sea perdonado.

—Su propia vanidad debía hacer comprender a la Princesa que el Rey no puede conceder el perdón a quien públicamente le insultó—contestó la Marquesa, no olvidando la grosería del Duque.

—Señora, si yo tuviese el menor asomo de vanidad, jamás habría reconocido vuestra existencia—repuso, enérgica y severa, la Princesa de la Sangre.

El desplante era notorio. Afortunadamente, la Pompadour sabía que al fin y a la postre cada ofensa era seguida de una humillación, y le bastaba esperar la disculpa.

El duque de Richelieu, con su peculiar astucia, dió a entender a la Marquesa que era preferible no crearse peligrosas antipatías, y le sopló al oído:

—Marquesa, no olvidéis que toda la Corte está enferma de aburrimiento... ¿Por qué no hacer venir a quien puede curarnos a todos?

El Rey no desea otra cosa... y si vos lo hacéis... jamás os lo agradecerá bastante.

Y la favorita pensó que el duque de Richelieu tenía razón...

• • •

Chartres gozaba de la amistad de la bella Lady Mary, y una mañana, durante una recepción de la misma en su aposento, venció a todos los aduladores, encolerizándose el duque de Winterset, que vió entregar la rosa granate que él deseaba, a su rival.

El desdeñado buscó la complicidad de los demás pretendientes de la bella, y les dijo, señalándoles a Chartres:

—Caballeros, decidme... ¿Estoy equivocado?... ¿Es posible que nos engañemos todos? ¿No es este hombre el pícaro barbero del Embajador francés?

Todos asintieron, y Winterset, satisfecho de que su fingida suposición se viese confirmada rotundamente por los demás nobles, preparó su venganza.

—¡Ahora, ni una palabra! Es necesario que no sospeche nada, para que no deje de asistir a la fiesta de esta noche.

—¿Qué pensáis hacer?

—En plena fiesta, antes de que pueda permitirse cualquier inconveniencia con Lady Mary, le desenmascaramos y haremos que le azoten los lacayos.

Ajeno a lo que se tramaba en contra suya,

Chartres galanteaba a la bella de Bath, interrumpiéndole Winterset para despedirse de ella.

—Con vuestra venia, Lady Mary, voy a prepararos una sorpresa para esta noche.

Pero Chartres estaría alerta...

La fiesta nocturna se celebró aquel día en el campo... Allí no regía la prohibición de llevar armas.

Winterset reunió a sus sicarios, al frente de los cuales iba el Capitán, de cuya herida no había aún sanado, llevando todavía el brazo en cabestrillo, armados de látigos y espadas, y les dijo, espionando la salida de Chartres con Lady Mary al jardín:

—Escondeos... Os haré una señal cuando debáis seguir mis órdenes.

Aparecieron aquéllos.

—¡Qué noche tan deliciosa!... El aire parece embalsamado por el aroma de infinitos capullos de rosa. La noche es deliciosa y bella, porque en este jardín está la rosa más hechicera del mundo...—suspiraba Chartres al oído de la adorable mujer, que le escuchaba con embeleso.

Winterset sentía bullir su odio...

—Para mí, es esta una noche de hermosos sueños... sueños de un reino dorado y de un prodigioso cielo azul... Un reino como los rizos de una adorable mujer, y un cielo azul como sus bellos ojos... Yo quisiera que el ca-

lor de mis frases derritiera la nieve de vuestro corazón...

Lady Mary, subyugada por la apasionada declaración de Chartres, abandonóse en sus brazos, y musitó acercándole sus labios:

—Todo el hielo que había en mi alma se



—Escondeos... Os haré una señal cuando debáis seguir mis órdenes.

fundió hace ya tiempo.

Enardecióse el galán, y estrechando a la bella con frenesí, acaricióla con su hálito:

—Estoy seguro de que me amáis, Lady Mary... ¡Cómo no habíais de amar al hombre

que os ama y que está dispuesto a dar su vida por vuestro amor?

Iba a sonar el beso ardiente que los labios buscaban, pero Winterset se encargó de romper el idilio, diciendo a Lady Mary, a la par que sus sicarios se abalanzaban a Chartres:

—¡Aguardad que demos a este villano su merecido!

El noble de Francia desenvainó la espada, despojóse de su casaca, y luchó denodadamente con sus enemigos, derribándolos de golpes certeros; pero, herido a traición, hubo de llamar en su auxilio a sus servidores.

—¡A mí, Francisco, Jaime, Enrique!... ¡A mí!

Acudieron estos fieles súbditos, y pronto pusieron fuera de combate a los miserables asalariados del Duque, sin más armas que la fuerza de sus puños.

—Monseñor, ¿por qué no nos llamasteis antes?—le reprocharon luego, apesarados al verle herido.

—Me divertía tanto el lance, que no me he dado cuenta de que estaba herido.

Lady Mary se mostraba orgullosa de la bravura del duque de Chateaurien, y dijo a Winterset, al acercarse a ella:

—Ya que os habéis portado como un lacayo, id a buscar mi carroza.

El tramposo obedeció, con doble intención, y Chartres, tambaleándose, reunióse con la bella, forzando una sonrisa.

Acaricióle Lady Mary con la mirada, y le dijo:

—He mandado a buscar mi carroza, para alejarnos de estos cobardes.

Apareció el Duque.

Chartres consideró llegado el momento de la confesión y de su triunfo como hombre.

—Hermosa mía, ha llegado la ocasión... Parece que el señor de Winterset desea hablaros.

—¿Qué queréis decirme?—preguntó a éste Lady Mary, desdeñosa.

Y Winterset descubrió a su rival:

—Lady Mary, ¿os acordáis de Monsieur Beaucaire, el barbero?... ¿Aquel que Nath expulsó?... ¡Fijaos bien en este hombre! Es el barbero del Embajador francés... Ved que hasta se ha atrevido a robar la condecoración de su amo.

Lady Mary ahogó un grito de despecho en su garganta.

—¿Es cierto lo que dice el Duque?...

—Sí; yo soy Monsieur Beaucaire...

—¡Oh, apartad!

—¡Lady Mary!

La bella rechazó, enojada, al audaz barbero, avergonzada de haber dado oídas a su amor, y dijo al duque de Winterset, que se admiraba de su victoria:

—Duque, estáis herido... Permitid que os acompañe a vuestra casa.

Winterset subió a la carroza, mas antes amenazó a su rival:

—Escucha, barbero, si mañana te encuentran a ti y a tus compinches en Bath, os arrojarán de la ciudad a palos.

Y sobreponiéndose a su dolor moral y material, Chartres hizo esta promesa:

—Dentro de ocho días justos, a las nueve de la noche, estaré en los salones de Bath.

No pudo decir más. Dió unos pasos, y cayó en los brazos de sus servidores.

De su corazón manaba sangre.

—¡Oh, señor!

—No os alarméis... ¿No veis que es del mismo color de las rosas?—murmuró Chartres.

* * *

Durante toda una semana, Beaucaire se ocultó en una casa de campo cerca de Bath, soportando con entereza la dolorosa curación de sus heridas.

Molyneaux le visitaba a menudo, y aquel día, Chartres le dijo:

—No, no son mis heridas las que me preocupan... Son mis recuerdos. ¿Por qué no guardamos siempre el amor, cuando hemos llegado a tenerlo, y vamos a buscarlo en lejanos países?

Molyneaux comprendía el desengaño del noble amigo, y en su afán de consolarle, condenó acremente la hipocresía de la brillante sociedad de Bath; llegando a decirle, sin pre-

sumir las consecuencias de la noticia, que aquella noche había fiesta en los salones del Baleario.

Chartres, como movido por un resorte, saltó del lecho, y llamando a todos sus servidores, les riñó severamente:



...soportando con entereza la dolorosa curación de sus heridas.

—¿Es acaso mi salud más preciosa que mi honor? ¿Por qué no me habéis dicho que hoy es sábado? Debo cumplir mi promesa de asistir a la fiesta... y la cumpliré contra todo y contra todos.

En efecto; a las nueve de la noche, Char-

tres, acompañado de Molyneaux, se presentaba en la fiesta, disfrazado de mujer, coqueteando, al pasar por su lado hacia una habitación reservada, con el duque de Winterset, que recordaba, con cierta intranquilidad, la promesa del barbero... no separándose de su testafarro, y habiendo hecho poner guardias en el interior y en el exterior de los salones...

Más que nunca, la imagen de Enriqueta brillaba en el espíritu de Chartres... Recordaba sus palabras: "Preferiría el honrado amor de un lacayo, si fuese un verdadero hombre, al tuyo!... ¡Porque tú no eres un hombre! ¡Eres un muñeco!"

Molyneaux, por encargo de Chartres, se llevó a Lady Mary a la habitación donde se encontraba éste a la par que, inesperadamente, llegaba el Embajador de Francia a la fiesta.

Lady Mary hizo ademán de retirarse al ver a Chartres, pero a instancias de Molyneaux, quedóse para escucharle.

—Lady Mary, la noche en que me hirieron no me fué posible deciros... ¿Si jamás os hubiese hecho creer que era un duque de Francia?... ¿Si os hubiese dicho que era simplemente Monsieur Beaucaire... nada más que un hombre honrado... me amaríais?

—Señor Molyneaux, si me acompañáis fuera de esta estancia, os perdonaré el que hayáis consentido a un criado que me dirija la palabra—dijo Lady Mary al acompañante del "barbero".

—Los hombres no somos más que... hombres—murmuró Chartres, reprochando la vanidad y egoísmo de Lady Mary.

En aquel momento, el duque de Winterset y "Beau" Nash descubrían a Chartres, y se disponían a echarle, insultándole públicamente.



...se presentaba en la fiesta, disfrazado de mujer...

—¡Ese canalla ha robado las insignias de un Príncipe de la Sangre!

En efecto, el duque de Chartres lucía las insignias propias de su nobleza.

Mas he aquí que, el acompañante del Embajador, el duque de Nemours, hermano de

Chartres, abrazó efusivamente a éste, imitándole el Embajador, asombrándose los espectadores de aquella inexplicable escena.

—¿Será verdad lo que ven mis ojos? ¡Está abrazando a su barbero!—exclamó el exigente maestro de ceremonias.

—Monseñor—dijo Mirepoix a su amigo—, ¡el Rey os ha perdonado! Vuestro hermano es portador de vuestra gracia.

Y el duque de Nemours entregó a Chartres un pliego de Luis XV.

Decía así:

Regresa a Francia y cástate con quien te plazca. La comedia no puede representarse sin ti.—Luis.

Perdón y sálvenos Vuestra Alteza. No escuchamos más que majaderías.

Marquesa de Pompadour.

Entonces Chartres, decidido a presentarse como quien cra, dijo:

—Caballeros, Beaucaire no existe; pero el sujeto que lo presentó aquí al precio de su honor y luego le traicionó, es ese cobarde fullero.

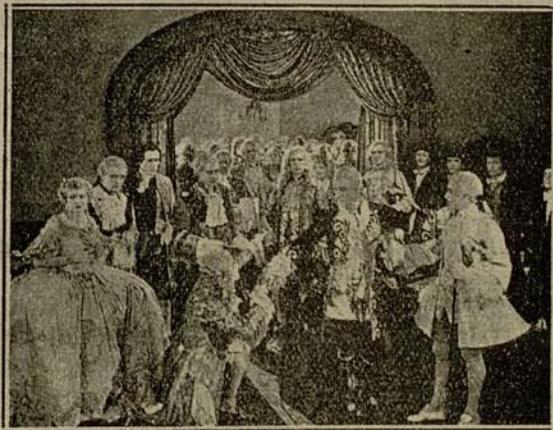
Y acusó al duque de Winterset.

—No sé quién sois, pero ¡vive Dios! que he de averiguar el nombre del individuo que se atreve a hacer semejante acusación—contestó Winterset encendiéndose en ira.

Intervino el Embajador:

—Permitidme el honor de presentaros a Su Alteza Luis Felipe de Borbón, duque de Char-

tres, Príncipe de la Sangre, Primer Par de Francia, Gobernador del Delfinado, Caballero del Toisón de Oro, Gran Comandante de los Caballeros de Malta, Comandante del Santo Espíritu, de la Orden del Monte Carmelo, de San Lázaro... de Jerusalén...



—Monseñor, ¡el Rey os ha perdonado!

A un gesto del Príncipe, Mirepoix dió por terminada la presentación.

No necesita de comentario la sorpresa que produjo la revelación de la verdad acerca de la condición del "barbero", al que hicieron todos objeto de sus más honrosas reverencias.

Lady Mary, recobrando esperanzas en me-

dio de su turbación, dijo tímidamente al Príncipe:

—Alteza... ¿podréis perdonarme?...

—No tengo nada que perdonaros... Al contrario, os estoy muy agradecido. Me habéis hecho comprender que hay una sola mujer en el mundo, que me hubiera amado aunque yo fuese un lacayo. Me voy a Francia a ver si aun es tiempo para que ella me perdone.

La lección era merecida, y Lady Mary sintió el dolor de la justa humillación.

El Duque irguióse altanero, y alejóse de aquella sociedad tan falsa, inclinándose a su paso los que fueron sus enemigos.

Molyneux hacía lo propio, pero el Príncipe, estrechándole cariñosamente la mano, le dió prueba de su amistad, tratándolo de igual a igual:

—Dejad que los demás se humillen un poco... Molyneux, tú serás siempre mi bueno y querido amigo.

* * *

Para ir de Inglaterra a los jardines de Versailles, era preciso un viaje en barco de vela y en coche, que duraba siempre más de tres días.

Al cabo de ese tiempo, el duque de Chartres se reunía con la princesa Enriqueta en los jardines de palacio, mientras ella pensaba, amorosa, en él.

Postróse de hinojos, besó sus perfumadas ropas, y a lo que sus ojos expresaban, añadió:

—He deseado esta entrevista para manifestarte mi vergüenza y mi arrepentimiento... y también para implorar tu perdón.

Sonrió la enamorada doncella, y su cora-



El Duque irguióse altanero...

zón expresó su sentir, convencida del triunfo del amor verdadero:

—Felipe, no llares a esto simplemente una entrevista... Llámala, más bien, la cita de dos corazones que se han amado siempre... ¿No comprendes que aquella cita, que creiste ha-

ber leído en mis ojos la noche de tu fuga,
era precisamente ésta?

Y la felicidad acogió en su seno a los que
al fin, habían sabido encontrarla.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO

La finísima comedia deportiva

La lucha por la vida

Creación de los famosos artistas

William Fairbanks y Eva Novak

32 páginas

— 25 céntimos

Postal fotografía-regalo

WILLIAM COLLIER

E. VERDAGUER MORERA.-TARRASA

LEA USTED

los dos últimos libros publicados
de la

BIBLIOTECA

Los Grandes Films
de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

EL QUE RECIBE EL BOFETÓN

Creación de LON CHANEY,
NORMA SHEARER y
JOHN GILBERT

Y

RÓMULA

Creación de
LILLIAM y DOROTHY GISH

Portadas a bicolor — 64 páginas

Profusión de fotografías

Precio popular: 50 céntimos

Próximamente: Número ALMANAQUE - Gran sorpresa

.....
.....
El Número de **AYER Y HOY** del 1.º de Diciembre
es un singular acierto de interés y amenidad.

A ti, lector, te conviene adquirirlo, porque en él encontrarás una novela corta de gran emoción titulada **LA NOTA HUMANA**, por Nerón Maxwell; Un diálogo teatral de **JOSÉ BAEZA: EL VENTRILOCUO**, que es un prodigio de humorismo; Un cuento de fuerte intensidad dramática: **EN GRAVE PELIGRO**, por *Jorge de Peyrebrune*; y las acostumbradas secciones de: Por los caminos del mundo; De la vida frívola; Novela cinematográfica; Deportes; Modas; *Corazones de hielo*, novela de aventuras, por James Oliver Curwood; Chistes; Amenidades; Caricaturas; Historietas, etc.

¡OCHO PÁGINAS GRÁFICAS!

¡76 páginas! — ¡40 céntimos!

Lea usted una vez **AYER Y HOY**,
y lo leerá siempre

.....
.....
COMPRE USTED el único,
el verdadero MAGAZINE CINEMATÓGRAFO

PUBLIC - CINEMA

LA MEJOR REVISTA CINEMATOGRAFICA
.....
.....